



ANÁLISIS PRELECTORAL 3: El mosaico electoral marroquí, el segmentarismo y la continuidad del sistema

6 de agosto de 2007

Bernabé López García

El rey Mohamed VI lo ha querido dejar bien claro en el discurso de conmemoración de su octavo año en el Trono: las elecciones del 7 de septiembre serán, una vez más, las de la continuidad. Continuidad con el sistema político actual que ha definido como “monarquía ciudadana”, pero que en realidad apuesta por una “monarquía actuante”, con un rey guía y protector instalado en su papel de “Amir al muminín”, “Emir de los creyentes”. “Las elecciones –dijo- no ponen de ninguna manera en juego la identidad del Estado marroquí o los fundamentos de su régimen, es decir el Islam moderado y abierto, la monarquía constitucional, la unidad nacional, la integridad territorial y la democracia social”.

La verdad es que la gran mayoría de los 32 partidos que participarán en los comicios no cuestiona el actual sistema. El cambio constitucional, la limitación de las prerrogativas del rey, es tan sólo reivindicada por algún partido de la extrema izquierda como el PSU y evocada de cuando en cuando por alguno de los dirigentes más radicales del islamista PJD, pero no por la dirección del partido. En el resto del espectro político marroquí apenas si hay voces, como la del secretario del PPS, que hablan de un “mejor reparto” de competencias entre monarquía y gobierno, pero sin precisar en qué habría de consistir dicho reparto. Fuera del sistema queda, eso sí, la asociación religiosa *Al Adl wa-l-Ihsán*, o Justicia y Caridad como se la conoce, liderada por el jeque sufí Abdesalam Yassin, que se niega a reconocer el liderazgo religioso del monarca y rechaza el actual orden político.

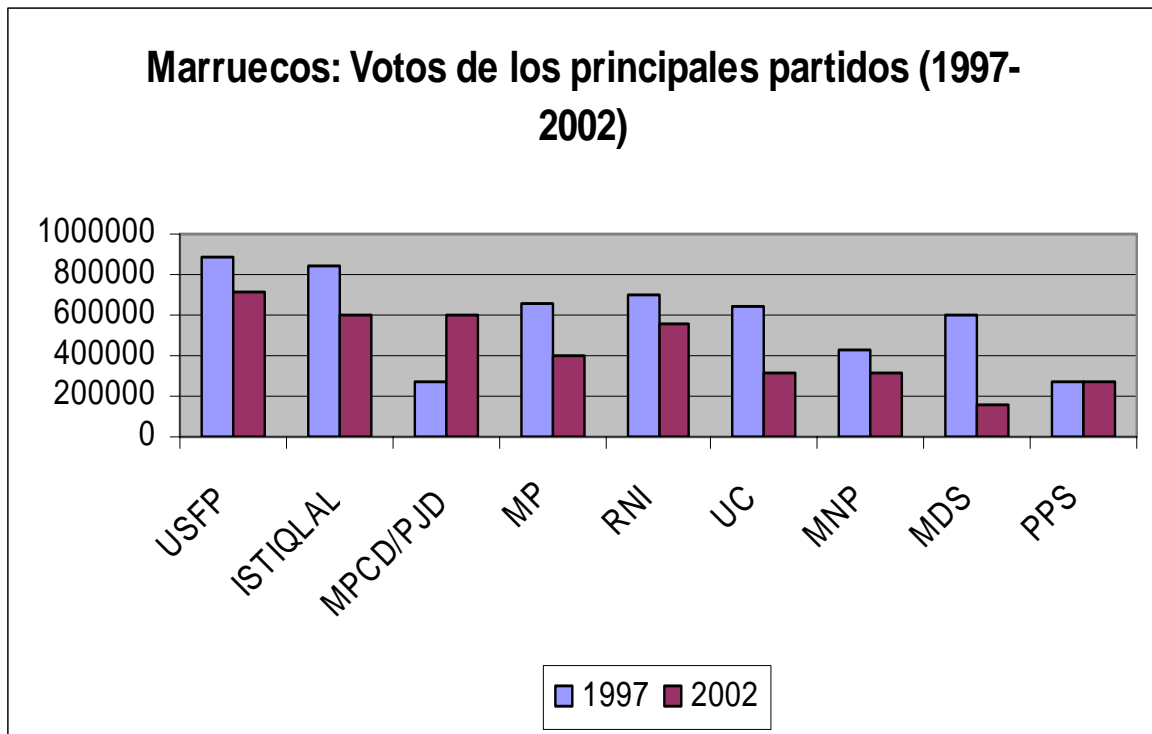
El espectro político marroquí presenta ya desde hace mucho tiempo un cuadro particularmente atomizado que en el momento electoral se traduce en un mosaico muy fraccionado en el que ninguna fuerza emerge claramente. Es en estas elecciones en las que se han creado expectativas de que esa situación de atomización, presente desde 1984, pueda cambiar si el PJD logra destacar como un partido con fuerza. No sólo en los núcleos urbanos con sobrepoblación caótica, donde ya demostró su implantación en 2002, sino también en el mundo rural, tradicional feudo de caciques locales encuadrados en los partidos que el régimen fue creando a lo largo de su historia: el MP, el RNI, el PND o la UC.

En las anteriores elecciones de 2002, demasiado cercanas en el tiempo al 11S neoyorquino, el partido islamista sólo se presentó en 57 de las 91 circunscripciones, en buena parte para no alimentar la sospecha de que podía desestabilizar el país con un triunfo mayoritario, y en parte también dada su menor implantación en el mundo rural. Cinco años después, una activa y nutrida presencia parlamentaria, una movilización por todo el país y una política de creación de confianza difundiendo una imagen de moderación en su objetivo de moralización de la vida política pueden ampliar sin duda su base en todo el país, presentándose como lo hará en la casi totalidad de las circunscripciones.



Pero aunque emerja como la principal fuerza política de Marruecos, se han tomado disposiciones para reducir su triunfo. El nuevo diseño de las circunscripciones ha afectado a aquellos distritos en que el PJD había obtenido dos escaños, bien reduciendo el número de escaños en juego (tres circunscripciones de Casablanca –Anfa, Ain Sebaa/Hay Mohammédi y Fida/Derb Sultán-) o modificando su composición, incorporando zonas de población rural a distritos antes exclusivamente urbanos (Tánger y otros barrios de Casablanca). Las circunscripciones de Fez, Tetuán y Chauen también han sido objeto de retoques con el objetivo de reducir la victoria del partido islamista. Es de prever que de este modo se prive al PJD de unos diez escaños. Pero difícilmente se le podrá privar de los 19 escaños en las 19 circunscripciones en que fue el primer partido en 2002, o de los 12 en las que fue en segunda posición o aún de los 4 en que quedó en tercer lugar. Sin contar con las posibilidades que le da un sistema electoral como el marroquí en el que los partidos importantes han decidido ir en solitario plantando difícilmente cara a una fuerza emergente como sin duda es el PJD. Pero el atomizado mosaico electoral marroquí no permitirá un escenario en el que el PJD pueda obtener mucho más allá de 60 a 65 diputados de los 295 que reúnen las 91 circunscripciones, una proporción algo superior a sus resultados en 2002 en que obtuvo 38 diputados en las 57 listas que presentó. A ello habrá que sumar las 5 o 6 diputadas de la lista femenina de 30 que se elige a parte de manera proporcional.

Difícilmente ninguna otra fuerza política acumulará unos resultados parecidos, que implicarían doblar el casi 10 % de 2002. En las elecciones de aquel año el PJD fue la única fuerza que mejoró su número de votos respecto de 1997. Todo dependerá, no obstante, del grado de interés suscitado por estos comicios en esa casi mitad del electorado que se abstuvo en 2002.





Convendría hacer una radiografía de la composición del electorado marroquí, con el fin de distinguir las diferentes actitudes ante la política de los marroquíes en la actualidad. Un elemento destacado de la sociedad civil marroquí, Abdelali Benameur, miembro fundador de la Asociación Alternatives, dividía recientemente el campo político marroquí en dos grandes corrientes, una que calificaba de "socio-liberal", en la que integraba a partidos como la USFP, el PPS, el PSU y otros movimientos de la izquierda radical, y otra "conservadora-religiosa", a su juicio, la práctica mayoría del país, de la que formaban parte un ala democrática, el Partido del Istiqlal y un ala a la búsqueda de su propia vía, el PJD, "desgraciadamente atado al Estado islamista" (*Aujourd'hui le Maroc*, 22 de junio de 2007). El reproche que Benameur hace al PJD es que para ser un partido musulmán demócrata debería reconocer el Islam como referencial en términos de valores y debería dejar las reglas de funcionamiento a la alternancia política con el reconocimiento de los diversos actores.

En el análisis de Benameur se echa en falta entre las corrientes políticas ese "centro de derechas" que siempre sostuvo al Trono formado por los partidos fabricados por el Majzén desde que en 1957 fomentara la creación del MP por Mahjubi Ahardan y el Dr. Khatib para contrarrestar la influencia del partido del Istiqlal. La experiencia se repitió en 1977, llenando el vacío de miedo e indiferencia que dejaban los partidos políticos de la época con el RNI de Ahmed Osman, primer ministro que fabricó una especie de UCD con los falsos candidatos "independientes" que ganaron las elecciones con el apoyo de la administración. Y una vez más en 1983, con la creación desde el poder de la UC por otro primer ministro, Maâti Buabid. La realidad es que estos partidos de notables, que siempre han instrumentalizado el "liberalismo" al servicio de la monarquía como principio de base, han llegado a convertirse en grupos de poder, con un clientelismo que cuenta a la hora de las elecciones, con verdaderos feudos difíciles de desbancar. Y que movilizan a ese amplio sector de indiferentes que ni imaginan que las elecciones pueden ser un medio de control de los gobernantes y no un mero trampolín de oportunistas a los que conviene apoyar para que no empeore su triste realidad cotidiana.

Pero el panorama político marroquí es más complejo que esas tres corrientes. La revista *Le journal hebdomadaire* distinguía en su número del 14-20 de julio, jugando entre el humor y la política-ficción, al menos 15 tendencias o "tribus" en que se descompondría el espectro político marroquí: "Absolutistas" de derecha e izquierda, que sostienen al poder tal y como es, "Indecisos" entre si sirve de algo o no participar en los comicios, "Islamófilos", cercanos a las formaciones islamistas, "Comprables", dispuestos a dar su voto al mejor pagador, "Islamófobos", erradicadores a ultranza, "Izquierdosos nostálgicos" de maoísmos de antaño, "Decepcionados de la USFP", "Tradi-istiqlalianos", clases medias nostálgicas de otro tiempo, "Berbero-maníacos", etnicistas-nacionalistas de nuevo cuño, "Radicales o fanáticos", proclives a justificar el terrorismo, "Cofrades", o sufíes apolíticos, "Apóstoles del Cheij", o sufíes politizados partidarios de Yassin, "Despistados-versátiles" y "Pasotas". Ninguna –o casi ninguna- de estas "tribus" se identifica con un único partido determinado, pero todas ellas dan idea, pese a que están definidas en clave de humor, de que no sólo el panorama político de los partidos se encuentra segmentado y atomizado, sino que quien lo está ante todo es la propia sociedad marroquí.